

Una prueba apreciable de que empieza a presentarse en los Estados Unidos de Norteamérica el fenómeno a que me vengo refiriendo, consiste en el movimiento que cada día toma más cuerpo en aquel país, encaminado a restringir la inmigración de trabajadores extranjeros, acentuándose últimamente un marcado interés en impedir que crucen su frontera nuestros trabajadores mexicanos, cuando está declarado por los mismos norteamericanos que el trabajador mexicano desempeña una labor eficiente y fecunda y cuando los mismos productores de California han declarado públicamente que no podrán sustituir la falta de los braceros mexicanos para el desarrollo de sus actividades industriales y agrícolas.

No habría ninguna explicación que pudiera justificar una política de esta naturaleza, si no se inspirara en un principio de decadencia en la producción, ya que cada uno de estos trabajadores en aquel país produce mucho más de lo que consume y coopera, por consiguiente, al desarrollo de la riqueza privada y pública.

Otro de los peligros que en forma más sensible está llamado a presentarse como consecuencia del movimiento de represión que se viene desarrollando por los Estados imperialistas cuyos gobernantes se inspiran principalmente en los intereses materiales del Capital en el desarrollo de sus actividades oficiales, puede ser el fomento del comunismo que está tomando proporciones, como una consecuencia de la falta de bienestar entre las clases trabajadoras.

Los hombres, lo mismo que los pueblos cuando tienen un padecimiento, son atraídos poderosamente por la primera receta que se les propone para curar sus males, y mientras mayores dificultades tienen que vencer para llevarla a la práctica, más se fortalece su esperanza y no hay ninguna elocuencia en represión capaz de arrancar de su espíritu esa ilusión, que sólo puede desvanecerla hasta que, convertida en realidad, llegen al convencimiento de que sólo era una mentira. Si el comunismo llegara a propagarse en el mundo, traería fatales consecuencias mientras la humanidad lograba, al realizar este anhelo, convencerse de que esta nueva receta para conjurar sus desgracias, no realizaba al aplicarse el maravilloso prodigio de proporcionarle ese justo^y anhelado bienestar.

La naturaleza, cuya legislación no ha sufrido rectificación ninguna en su maravillosa provisión, dió a cada ser viviente condiciones determinadas dentro de las cuales habría de reglamentar sus funciones individuales y sus relaciones con sus semejantes; previó y aceptó el comunismo en una parte del reino animal y fué así como creó organizaciones comunistas como las abejas, las hormigas y otros, dando a cada unidad de estas organizaciones iguales condiciones físicas, intelectuales y morales, para que así la acción común tuviera un desarrollo armonioso dentro del cual todas las unidades que componen la comunidad desarrollen actividades idénticas entre sí sin que pueda llamarse ni considerarse una superior a la otra.

En la familia humana la naturaleza estableció muy grandes y muy apreciables diferencias, tanto en sus atributos abstractos como en los materiales, haciendo impracticable el comunismo por la falta de comunidad en sus atributos.

La humanidad cometería un error imperdonable si eliminara de los estatutos sociales el estímulo con que deben fortalecerse todos los esfuerzos generosos de los hombres por su constante mejoramiento, estímulo éste que desaparecería si los componentes de la familia humana no pudieran distinguirse entre sí semejantes. Por otra parte está perfectamente comprobado que los hombres cuando actúan en grupos son menos eficientes que cuando actúan independientemente como unidades; sin embargo, el comunismo atrae poderosamente el espíritu colectivo de las masas, porque éstas en sus constantes y eternos sufrimientos, están condenadas a ser cautivadas por cualesquiera nueva fórmula de organización social, ya que ellas consideran, y con sobrada razón, que ninguna fórmula nueva podría empeorar sus condiciones, y se hace necesario que todas las ideas que sobre estos puntos de vista de la organización social sean concebidas en la actualidad, se expongan con toda claridad para que de esta discusión vayan surgiendo las orientaciones futuras. Yo por mi parte seguiré insistiendo en que lo único que la humanidad necesita para encontrar una parte cuando menos del bienestar a que tanto derecho tiene, consiste en la eliminación de los estatutos sociales del mundo, de todos los factores que consumen sin producir.

Bastará reparar la atención en el hecho indiscutible de que un 90% de los tributos que pagan todas las actividades honestas del hombre, así como los tributos que se cobran en todas las fronteras por el tránsito de las actividades comerciales al través de ellas, se destinan a estos factores improductivos que consumen sin producir y que se llaman: "Ejército de Mar y Tierra", aumentados últimamente con la Aviación Militar.

Si llegamos a la conclusión de que eliminadas las fuentes de consumo y devueltos sus factores a la producción, se resuelven en su gran mayoría las limitaciones y privaciones que constituyen el malestar de las masas productoras, quedará entonces solamente como una necesidad complementaria la de crear una concepción moral que condene a los hombres privilegiados por la naturaleza, que pretenden poner los privilegios que ésta decretó en su favor al servicio de su propio egoísmo, para que así no tomen su propia superioridad sobre sus semejantes como un medio de especulación en su propio provecho. Que comprendan entonces que la naturaleza, al crear a la familia humana y otorgarle el privilegio de su constante evolución en beneficio de su ventura y bienestar, no autorizó a los que tienen mayor suma de atributos, para usarlos como armas ventajosas en contra de sus semejantes; que la naturaleza los creó para llevar una función mucho más noble y más elevada que la de satisfacer su propio egoísmo y que consiste en poner al servicio de sus semejantes todo el contingente de sus atributos, reservándose para sí la parte que corresponda a las necesidades que demande su propio bienestar.

Seguir aceptando el error de que puede ser la fuerza material la que entregue el dominio del mundo a los Estados que lleguen a poseer los mayores medios de destrucción, no sería sino acentuar las desgracias de la humanidad y acelerar el movimiento que habrán de realizar los hombres para librarse de las consecuencias de él, porque dado el progreso cultural e intelectual de la humanidad, resulta ilógico suponer que pueda aceptar el sacrificio de generaciones enteras consumidas en guerras que favorecen o protegen intereses determinados de grupos insignificantes de hombres, o tendencias imperialistas de Estados, que en su vértigo de poder, intentan el dominio del mundo.

La doctrina sustentada por los Estados Unidos de Norteamérica de que el Estado tiene derecho de proteger los intereses y las personas

de sus nacionales en cualesquier parte del mundo, nacida de la suma de fuerza material que han logrado acumular con su maravilloso desarrollo, y de la dispersión de intereses norteamericanos por todo el haz de la tierra, como consecuencia también de su maravilloso desarrollo económico, está constituyendo por él momento el más grave peligro para el bienestar y la tranquilidad universal, y la protección de estos intereses norteamericanos, generalmente, no se trata de intereses del pueblo norteamericano sino de intereses aislados e individuales, ya de los "trusts" de Norteamérica o de sus multimillonarios personalmente.

Las conferencias del Desarme celebradas en Washington *de Nov-1921*, a *Feb-1922* y las que tuvieron lugar recientemente en Ginebra, no han sido sino una demostración de las ventajas que los grandes pueblos quieren ir tomando entre sí, y cada Delegado asiste a esas conferencias llevando una trampa estudiada previa y cuidadosamente por su Gobierno respectivo para ver si logra coger en ella a los demás Delegados, y los Congresos se clausuran con ningún resultado práctico, cuando ya todos los Delegados se han dado cuenta de la trampa que cada uno lleva consigo para atrapar a los demás y el anhelo de desarme sigue siendo una teoría y una vaga esperanza con vida intermitente y raquítica; pero aun en el remoto caso que el desarme lograra realizarse, nunca daría los resultados que de él se esperan por las siguientes razones:

"El desarme de las naciones, considerado en los pasados tiempos como un ideal únicamente, a cuyo servicio muchos grandes hombres pusieran sus esfuerzos, ha pasado en la actualidad a convertirse en una necesidad ingente e inaplazable, por constituir los actuales ejércitos el fardo más voluminoso y pesado que soporta sobre sus espaldas la humanidad.

"El porcentaje de brazos que trabaja y que produce está perdiendo fuerzas cada día, debilitando sus energías y agotando su paciencia, sin

guardar proporciones con el porcentaje de bocas que no produce y que desarrolla sus actividades sólo para la destrucción, en todas sus formas. Bajo estas condiciones, se ha producido un desequilibrio tal, que de no conjurarse se nos llevará irresistiblemente a la catástrofe.

"La última guerra mundial ha dado como único y costoso fruto, el convencimiento de que el período de la fuerza bruta ha pasado; de que las grandes conquistas de la humanidad están reservadas a la moral y a la ciencia; de que es necesario volver a las actividades que entrañan estas dos grandes tendencias, el inmenso conjunto de energías mentales y físicas, absorbido actualmente por los ejércitos. Por eso no habrá un solo ser humano que no aplauda sin reserva la idea del desarme; es decir: la reducción de los ejércitos a un número indispensable para garantizar el orden y la tranquilidad interiores de sus respectivos países. Hay sin embargo, con referencia al desarme, tres puntos importantes que investigar: Primero: si la exigencia material del desarme se compeadece con la etapa moral por la que atraviesa la humanidad.- Segundo: si el camino que se ha tomado, a juzgar por lo poco que ha trascendido al dominio público, es el más corto para la realización de tan noble fin.- Tercero: si los representantes de los países invitados a discutir sobre este tema, pospondrán los intereses de los países que representan a los intereses de la humanidad.

"Con relación al primer punto, es indiscutible al suprimir la fuerza bruta tendrá que darse a la moral su verdadero alcance y valor, aceptando sus dictados como fallos para definir y respetar los derechos de todos y cada uno de los hombres, cualesquiera que sean su origen, su color, su lengua, su religión, y para que sean considerados, asimismo, iguales los derechos de todos los pueblos que integran la familia humana. Es necesario, pues, para que el nivel de la actual generación sea lo bastante elevado para permitirle discernir y respetar los derechos ajenos, limitando sus exigencias a los propios.

"Con referencia al segundo punto, el hecho de que no se haya invita-

do a un considerable número de naciones a tomar parte en conferencias tan trascendentales para la humanidad entera, donde además del desarme o limitación de los armamentos, se discutirán otros puntos que introducirán verdaderas innovaciones en el derecho internacional, da cabida a la presunción de que no existe, por parte de los congregados a discutir tan importantes asuntos, la intención de usar procedimientos persuasivos para que sus acuerdos sean aceptados por los países que han quedado excluidos de ese congreso, caso en el cual el anhelado desarme se entorpecería, no pudiendo llevarse a cabo antes de imponerse los acuerdos del citado congreso a los países que no quisieron someterse a ellos.

"Sobre el tercer punto, y con el deseo más sincero de incurrir en un error, que tantos beneficios indicaría para la humanidad, soy de opinión que los intereses de los países allí representados ocuparán el primer término en el tapete de las discusiones.

"Ahora, visto el problema bajo su aspecto filosófico e histórico, tendremos que dudar de que, aun consiguiendo el desarme o limitación de los armamentos, se alcancen las finalidades morales deseadas, ya que no hemos de atribuir a las armas las desgracias que han tenido su origen en los malos instintos de los hombres, puesto que las armas han sido una necesidad de la guerra y nunca la guerra una necesidad de las armas. En todas las épocas, desde que la humanidad ha podido compilar en la Historia su pasado, encontramos que para la guerra lo único que se necesita son los hombres. Las armas se improvisan en el momento de la lucha, y si fuese dable suprimir todo aquello que el genio de la destrucción ha inventado durante los siglos, veríamos a los hombres tallar sus armas en piedra y luchar entre sí cuerpo a cuerpo, retornando a tiempos primitivos. Por lo demás, si atribuimos los inauditos estragos de la guerra a las armas modernas, tendríamos que tomar en cuenta y condenar también los modernos sistemas de comunicación, que son factores decisivos en todas las luchas, facilitando a las naciones los medios de conducir rápida-

mente a través de las distancias, ejércitos formidables para llevar la guerra, en muchos casos, a países menos fuertes; tendríamos, en fin, que condenar mucho de lo bueno que la civilización tiene, atribuyéndola ingenuamente un mal que radica única y exclusivamente en la condición humana.

"Si la humanidad ha llegado a la dolorosa conclusión de que se ha descuidado en absoluto la paralela que debieron haber seguido el progreso material y el progreso moral, y que nos encontramos en una etapa de adelanto material e intelectual que no hace más que proporcionar a nuestros instintos más y mayores medios de destrucción, quizá sea tiempo de que esta verdad, por amarga y dolorosa que sea, encuentre eco en la conciencia colectiva y busquemos en la moral y en la ciencia, y únicamente en la moral y en la ciencia, el último refugio y el faro protector para dirigir, sobre nuestras rutas, las actividades humanas; confesando la magnitud de nuestros errores; reconociendo que todos los seres humanos, así como los pueblos, tienen los mismos derechos, y que los privilegios los crearon en su favor los primeros que dispusieron de la fuerza bruta, mutilando con ella los derechos de sus semejantes; y quizá, con esto, pudiéramos lograr a las futuras generaciones un estado de cosas menos angustioso."

Una prueba apreciable de que empieza a presentarse en los Estados Unidos de Norteamérica el fenómeno a que me vengo refiriendo, consiste en el movimiento que cada día toma más cuerpo en aquel país, encaminado a restringir la inmigración de trabajadores extranjeros, acentuándose últimamente un marcado interés en impedir que crucen su frontera nuestros trabajadores mexicanos, cuando está declarado por los mismos norteamericanos que el trabajador mexicano desempeña una labor eficiente y fecunda y cuando los mismos productores de California han declarado públicamente que no podrán sustituir la falta de los braceros mexicanos para el desarrollo de sus actividades industriales y agrícolas.

No habría ninguna explicación que pudiera justificar una política de esta naturaleza, si no se inspirara en un principio de decadencia en la producción, ya que cada uno de estos trabajadores en aquel país produce mucho más de lo que consume y coopera, por consiguiente, al desarrollo de la riqueza privada y pública.

Otro de los peligros que en forma más sensible está llamando a presentarse como consecuencia del movimiento de represión que se viene desarrollando por los Estados imperialistas cuyos gobernantes se inspiran principalmente en los intereses materiales del Capital en el desarrollo de sus actividades oficiales, puede ser el fomento del comunismo que está tomando proporciones, como una consecuencia de la falta de bienestar entre las clases trabajadoras.

Los hombres, lo mismo que los pueblos cuando tienen un padecimiento, son atraídos poderosamente por la primera receta que se les propone para curar sus males, y mientras mayores dificultades tienen que vencer para llevarla a la práctica, más se fortalece su esperanza y no hay ninguna olección en represión capaz de arrancar de su espíritu esa ilusión, que sólo puede desvanecerla hasta que, convirtiéndose en realidad, llegan al convencimiento de que sólo era una mentira. Si el comunismo llegara a propagarse en el mundo, traería fatales consecuencias mientras la humanidad logra, al realizar este anhelo, convencerse de que esta nueva receta para conjurar sus desgracias, no realizaba al aplicarse el maravilloso prodigio de proporcionarle ese justo anhelo de bienestar.

La naturaleza, cuya legislación no ha sufrido rectificación ninguna en su maravillosa provisión, dió a cada ser viviente condiciones determinadas dentro de las cuales habría de reglamentar sus funciones individuales y sus relaciones con sus semejantes; provió y aceptó el comunismo en una parte del reino animal y fué así como creó organizaciones comunitarias como las abejas, las hormigas y otras, dando a cada unidad de estas organizaciones iguales condiciones físicas, intelectuales y morales, para que así la acción común tuviera un desarrollo armonioso dentro del cual todas las unidades que componen la comunidad desarrollen actividades idénticas entre sí sin que pueda llamarse ni considerarse una superior a la otra.

En la familia humana la naturaleza estableció muy grandes y muy apreciables diferencias, tanto en sus atributos abstractos como en los materiales, haciendo impracticable el comunismo por la falta de comunidad en sus atributos.

La humanidad cometería un error imponderable si eliminara de los estatutos sociales el estímulo con que deben fortalecerse todos los esfuerzos generosos de los hombres por su constante mejoramiento, estímulo éste que desaparecería si los componentes de la familia humana no pudieran distinguirse entre sus semejantes. Por otra parte está perfectamente comprobado que los hombres cuando actúan en grupos son menos eficientes que cuando actúan independientemente como unidades; sin embargo, el comunismo atrae poderosamente el espíritu colectivo de las masas, porque éstas en sus constantes y eternos sufrimientos, están condenadas a ser cautivadas por cualquiera nueva fórmula de organización social, ya que ellas conciben, y con sobrada razón, que ninguna fórmula nueva podría empeorar sus condiciones, y se hace necesario que todas las ideas que sobre estos puntos de vista de la organización social sean concebidas en la actualidad, se expongan con toda claridad para que de esta discusión vayan surgiendo las orientaciones futuras. Yo por mi parte seguiré insistiendo en que lo único que la humanidad necesita para encontrar una parte cuando menos del bienestar a que tanto derecho tiene, consiste en la eliminación de los estatutos sociales del mundo, de todos los factores que consumen sin producir.

Bastará reparar la atención en el hecho indiscutible de que un 90% de los tributos que pagan todas las actividades honestas del hombre, así como los tributos que se cobran en todas las fronteras por el tránsito de las actividades comerciales al través de ellas, se destinan a estos factores improductivos que consumen sin producir y que se llaman: "Ejército de Mar y Tierra", aumentados últimamente con la Aviación Militar.

Si llegamos a la conclusión de que eliminadas las fuentes de consumo y devueltas sus fuerzas a la producción, se resuelven en su gran mayoría las limitaciones y privaciones que constituyen el malotter de las masas productoras, quedará entonces solamente como una necesidad complementaria la de crear una concepción moral que condene a los hombres privilegiados por la naturaleza, que pretendan poner los privilegios que ésta decretó en su favor al servicio de su propio egoísmo, para que así no tengan su propia superioridad sobre sus semejantes como un medio de especulación en su propio provecho. Que comprenden entonces que la naturaleza, al crear a la familia humana y otorgarle el privilegio de su constante evolución en beneficio de su ventura y bienestar, no autorizó a los que tienen mayor suma de atributos, para usarlos como armas ventajosas en contra de sus semejantes; que la naturaleza los creó para llenar una función mucho más noble y más elevada que la de satisfacer su propio egoísmo y que consiste en poner al servicio de sus semejantes todo el contingente de sus atributos, reservándose para sí la parte que corresponde a las necesidades que demanda su propio bienestar.

Seguir aceptando el error de que puede ser la fuerza material la que entregue el dominio del mundo a los Estados que lleguen a poseer los mejores medios de destrucción, no sería sino acentuar las desgracias de la humanidad y acelerar el movimiento que habrá de realizar los hombres para librarse de las consecuencias de él, porque dado el progreso cultural e intelectual de la humanidad, resulta ilógico suponer que pueda aceptar el sacrificio de generaciones enteras consumidas en guerras que favorezcan o protejan intereses determinados de grupos insignificantes de hombres, o tendencias imperialistas de Estados, que en su vórtice de poder, intentan el dominio del mundo.

La doctrina sustentada por los Estados Unidos de Norteamérica de que el Estado tiene derecho de proteger los intereses y las personas

de sus nacionales en cualquier parte del mundo, nacida de la suma de fuerza material que han logrado acumular con su maravilloso desarrollo, y de la dispersión de intereses norteamericanos por todo el haz de la tierra, como consecuencia también de su maravilloso desarrollo económico, está constituyendo por el momento el más grave peligro para el bienestar y la tranquilidad universal, y la protección de estos intereses norteamericanos, generalmente, no se trata de intereses del pueblo norteamericano sino de intereses aislados e individuales, ya de los "trusts" de Norteamérica o de sus multimillonarios personalmente.

Las conferencias del Desarme celebradas en Washington *de Nov-1921* a *Feb-1922* y las que tuvieron lugar recientemente en Ginebra, no han sido sino una demostración de las ventajas que los grandes pueblos quieren ir tomando entre sí, y cada Delegado asiste a esas conferencias llevando una trampa estudiada previa y cuidadosamente por su Gobierno respectivo para ver si logra coger en ella a los demás Delegados, y los Congresos se clausuran con ningún resultado práctico, cuando ya todos los Delegados se han dado cuenta de la trampa que cada uno lleva consigo para atrapar a los demás y el anhelo de desarme sigue siendo una teoría y una vaga esperanza con vida intermitente y raquítica; pero aun en el supuesto caso que el desarme lograra realizarse, nunca daría los resultados que de él se esperan por las siguientes razones:

"El desarme de las naciones, considerado en los pasados tiempos como un ideal únicamente, a cuyo servicio muchos grandes hombres pusieron sus esfuerzos, ha pasado en la actualidad a convertirse en una necesidad ingente e inaplazable, por constituir los actuales ejércitos el fardo más voluminoso y pesado que soporta sobre sus espaldas la humanidad.

"El porcentaje de brazos que trabaja y que produce está perdiendo fuerza cada día, debilitando sus energías y agotando su paciencia, sin

guardar proporciones con el porcentaje de bocas que no produce y que desarrolla sus actividades sólo para la destrucción, en todas sus formas. Bajo estas condiciones, se ha producido un desequilibrio tal, que de no conjurarse nos llevará irrecistiblemente a la catástrofe.

"La última guerra mundial ha dado como único y costoso fruto, el convencimiento de que el período de la fuerza bruta ha pasado; de que las grandes conquistas de la humanidad están reservadas a la moral y a la ciencia; de que es necesario volver a las actividades que entrañan estas dos grandes tendencias, el inmenso conjunto de energías mentales y físicas, absorbido actualmente por los ejércitos. Por eso no habrá un solo ser humano que no aplauda sin reserva la idea del desarme; es decir: la reducción de los ejércitos a un número indispensable para garantizar el orden y la tranquilidad interiores de sus respectivos países. Hay sin embargo, con referencia al desarme, tres puntos importantes que investigar: Primero: si la exigencia material del desarme se compece con la etapa moral por la que atraviesa la humanidad.- Segundo: si el camino que se ha tomado, a juzgar por lo poco que ha trascendido al dominio público, es el más corto para la realización de tan noble fin.- Tercero: si los representantes de los países invitados a discutir sobre este tema, pospondrán los intereses de los países que representan a los intereses de la humanidad.

"Con relación al primer punto, es indiscutible al suprimir la fuerza bruta tendrá que darse a la moral su verdadero alcance y valor, aceptando sus dictados como fallos para definir y respetar los derechos de todos y cada uno de los hombres, cualesquiera que sean su origen, su color, su lengua, su religión, y para que sean considerados, asimismo, iguales los derechos de todos los pueblos que integran la familia humana. Es necesario, pues, para que el nivel de la actual generación sea lo bastante elevado para permitirle discernir y respetar los derechos ajenos, limitando sus exigencias a los propios.

"Con referencia al segundo punto, el hecho de que no se haya invita-

do a un considerable número de naciones a tomar parte en conferencias tan trascendentales para la humanidad entera, donde además del desarme o limitación de los armamentos, se discutirán otros puntos que introducirán verdaderas innovaciones en el derecho internacional, da cabida a la presunción de que no existe, por parte de los congregados a discutir tan importantes asuntos, la intención de usar procedimientos persuasivos para que sus acuerdos sean aceptados por los países que han quedado excluidos de ese congreso, caso en el cual el anhelado desarme se entorpecería, no pudiendo llevarse a cabo antes de imponerse los acuerdos del citado congreso a los países que no quisieron someterse a ellos.

"Sobre el tercer punto, y con el deseo más sincero de incurrir en un error, que tantos beneficios indicaría para la humanidad, soy de opinión que los intereses de los países allí representados ocuparán el primer término en el tapote de las discusiones.

"Ahora, visto el problema bajo su aspecto filosófico e histórico, tendremos que dudar de que, aun consiguiendo el desarme o limitación de los armamentos, se alcancen las finalidades morales deseadas, ya que no hemos de atribuir a las armas las desgracias que han tenido su origen en los malos instintos de los hombres, puesto que las armas han sido una necesidad de la guerra y nunca la guerra una necesidad de las armas. En todas las épocas, desde que la humanidad ha podido compilar en la Historia su pasado, encontramos que para la guerra lo único que se necesita son los hombres. Las armas se improvisan en el momento de la lucha, y si fuese dable suprimir todo aquello que el genio de la destrucción ha inventado durante los siglos, veríamos a los hombres tallar sus armas en piedra y luchar entre sí cuerpo a cuerpo, retornando a tiempos primitivos. Por lo demás, si atribuimos los inauditos estragos de la guerra a las armas modernas, tendríamos que tomar en cuenta y condenar también los modernos sistemas de comunicación, que son factores decisivos en todas las luchas, facilitando a las naciones los medios de conducir rápida-

mente a través de las distancias, ejércitos formidables para llevar la guerra, en muchos casos, a países monca fuertes; tendríamos, en fin, que condenar mucho de lo bueno que la civilización tiene, atribuyéndola ingenuamente un mal que radica única y exclusivamente en la condición humana.

"Si la humanidad ha llegado a la dolorosa conclusión de que se ha descuidado en absoluto la paralela que debieron haber seguido el progreso material y el progreso moral, y que nos encontremos en una etapa de adelanto material o intelectual que no hace más que proporcionar a nuestros instintos más y mayores medios de destrucción, quizá sea tiempo de que esta verdad, por amarga y dolorosa que sea, encuentre eco en la conciencia colectiva y busquemos en la moral y en la ciencia, y únicamente en la moral y en la ciencia, el último refugio y el faro protector para dirigir, sobre nuestras rutas, las actividades humanas; confesando la magnitud de nuestros errores; reconociendo que todos los seres humanos, así como los pueblos, tienen los mismos derechos, y que los privilegios los crearon en su favor los primeros que dispusieron de la fuerza bruta, mutilando con ella los derechos de sus semejantes; y quizá, con esto, pudiéramos legar a las futuras generaciones un estado de cosas menos angustioso."

La última tragedia mundial ha venido a demostrar a los hombres que la fuerza bruta es incapaz de resolver definitivamente ningún problema; por el contrario, la guerra mundial no resolvió ninguno de los problemas que la originaron y creó nuevos y más grandes cuya resolución no parece encontrarse todavía. Los vencedores en su mayoría han quedado esclavizados a su victoria y para custodiarla han tenido que aumentar considerablemente sus unidades de combate, estableciendo un desequilibrio en sus presupuestos que no tenían antes de la guerra encareciendo toda su producción debido al número de braceros que han tenido que retirar de las actividades generosas para convertirlos en soldados.

Así vemos a los vencidos librados por el imperativo de sus vencedores, de los inmensos ejércitos que poseían antes de la guerra y que al ser desarmados ahora relevan a sus países respectivos del enorme volumen que su sostenimiento significaba en sus presupuestos, abaratando y aumentando como consecuencia toda su producción y empeñando con sus adversarios una guerra industrial y comercial en la que todas las ventajas les son propicias. De quién será definitivamente la victoria? Esta interrogación es la que inquieta al mundo y nadie se atreve siquiera a formular una respuesta. X

El Continente Americano, ante las perspectivas de incertidumbre que nos presenta el porvenir, debería plantear su futuro dentro de un programa común convenido mutuamente entre todos los Estados que lo integran, para regularizar la explotación y exportación de sus recursos naturales, para que así la exportación de sus materias primas no se convierta en un peligro para la estabilidad de sus propias industrias, de modo que los recursos naturales regularizados en su explotación y exportación pudieran proporcionar iguales o mayores rendimientos para las empresas y para el Estado, con un volumen me-

nor de exportación, garantizando así la conservación de esos recursos como toda previsión lo aconseja.

Resulta ilógico saber que de los productos principales de nuestra América de cuyas cotizaciones deberíamos ser los arbitros, sea en Europa donde se les fije su precio; pero para la realización de una cooperación generosa entre todos los Estados del Continente, la primera condición requerida sería la mutua confianza de los Estados entre sí, que no podrá fortalecerse lo bastante mientras no se encomiende a la inteligencia y al corazón la resolución de los problemas que se presenten y que hasta ahora tienen que resolverse con los puños.

La última tragedia mundial ha venido a demostrar a los hombres que la fuerza bruta es incapaz de resolver definitivamente ningún problema; por el contrario, la guerra mundial no resolvió ninguno de los problemas que la originaron y creó nuevos y más grandes cuya resolución no parece encontrarse todavía. Los vencedores en su mayoría han quedado esclavizados a su victoria y para custodiarla han tenido que aumentar considerablemente sus unidades de combate, estableciendo un desequilibrio en sus presupuestos que no tenían antes de la guerra encareciendo toda su producción debido al número de braceros que han tenido que retirar de las actividades generosas para convertirlos en soldados.

Así vemos a los vencidos librados por el imperativo de sus vencedores, de los inmensos ejércitos que poseían antes de la guerra y que al ser desarmados ahora relevan a sus países respectivos del enorme volumen que su sostenimiento significaba en sus presupuestos, abaratando y aumentando como consecuencia toda su producción y empeñando con sus adversarios una guerra industrial y comercial en la que todas las ventajas les son propicias. De quién será definitivamente la victoria? Esta interrogación es la que inquieta al mundo y nadie se atreve siquiera a formular una respuesta.

El Continente Americano, ante las perspectivas de incertidumbre que nos presenta el porvenir, debería plantear su futuro dentro de un programa común convenido mutuamente entre todos los Estados que lo integran, para regularizar la explotación y exportación de sus recursos naturales, para que así la exportación de sus materias primas no se convierta en un peligro para la estabilidad de sus propias industrias, de modo que los recursos naturales regularizados en su explotación y exportación pudieran proporcionar iguales o mayores rendimientos para las empresas y para el Estado, con un volumen me-

nor de exportación, garantizando así la conservación de esos recursos como toda previsión lo aconseja.

Resulta ilógico saber que de los productos principales de nuestra América de cuyas cotizaciones deberíamos ser los arbitros, sea en Europa donde se les fije su precio; pero para la realización de una cooperación generosa entre todos los Estados del Continente, la primera condición requerida sería la mutua confianza de los Estados entre sí, que no podrá fortalecerse lo bastante mientras no se encomiende a la inteligencia y al corazón la resolución de los problemas que se presenten y que hasta ahora tienen que resolverse con los puños.

La última tragedia mundial ha venido a demostrar a los hombres que la fuerza bruta es incapaz de resolver definitivamente ningún problema; por el contrario, la guerra mundial no resolvió ninguno de los problemas que la originaron y creó nuevos y más grandes cuya resolución no parece encontrarse todavía. Los vencedores en su mayoría han quedado esclavizados a su victoria y para custodiarla han tenido que aumentar considerablemente sus unidades de combate, estableciendo un desequilibrio en sus presupuestos que no tenían antes de la guerra encareciendo toda su producción debido al número de braceros que han tenido que retirar de las actividades generosas para convertirlos en soldados.

Así vemos a los vencidos librados por el imperativo de sus vencedores, de los inmensos ejércitos que poseían antes de la guerra y que al ser desarmados ahora relevan a sus países respectivos del enorme volumen que su sostenimiento significaba en sus presupuestos, abaratando y aumentando como consecuencia toda su producción y empeñando con sus adversarios una guerra industrial y comercial en la que todas las ventajas les son propicias. De quién será definitivamente la victoria? Esta interrogación es la que inquieta al mundo y nadie se atreve siquiera a formular una respuesta.

El Continente Americano, ante las perspectivas de incertidumbre que nos presenta el porvenir, debería plantear su futuro dentro de un programa común convenido mutuamente entre todos los Estados que lo integran, para regularizar la explotación y exportación de sus recursos naturales, para que así la exportación de sus materias primas no se convierta en un peligro para la estabilidad de sus propias industrias, de modo que los recursos naturales regularizados en su explotación y exportación pudieran proporcionar iguales o mayores rendimientos para las empresas y para el Estado, con un volumen me-

nor de exportación, garantizando así la conservación de esos recursos como toda previsión lo aconseja.

Resulta ilógico saber que de los productos principales de nuestra América de cuyas cotizaciones deberíamos ser los arbitros, sea en Europa donde se les fije su precio; pero para la realización de una cooperación generosa entre todos los Estados del Continente, la primera condición requerida sería la mutua confianza de los Estados entre sí, que no podrá fortalecerse lo bastante mientras no se encomiende a la inteligencia y al corazón la resolución de los problemas que se presenten y que hasta ahora tienen que resolverse con los puños.

La última tragedia mundial ha venido a demostrar a los hombres que la fuerza bruta es incapaz de resolver definitivamente ningún problema; por el contrario, la guerra mundial no resolvió ninguno de los problemas que la originaron y creó nuevos y más grandes cuya resolución no parece encontrarse todavía. Los vencedores en su mayoría han quedado esclavizados a su victoria y para custodiarla han tenido que aumentar considerablemente sus unidades de combate, estableciendo un desequilibrio en sus presupuestos que no tenían antes de la guerra encareciendo toda su producción debido al número de braceros que han tenido que retirar de las actividades generosas para convertirlos en soldados.

Así vemos a los vencidos librados por el imperativo de sus vencedores, de los inmensos ejércitos que poseían antes de la guerra y que al ser desarmados ahora relevan a sus países respectivos del enorme volumen que su sostenimiento significaba en sus presupuestos, abaratando y aumentando como consecuencia toda su producción y empeñando con sus adversarios una guerra industrial y comercial en la que todas las ventajas les son propicias. De quién será definitivamente la victoria? Esta interrogación es la que inquieta al mundo y nadie se atreve siquiera a formular una respuesta.

El Continente Americano, ante las perspectivas de incertidumbre que nos presenta el porvenir, debería plantear su futuro dentro de un programa común convenido mutuamente entre todos los Estados que lo integran, para regularizar la explotación y exportación de sus recursos naturales, para que así la exportación de sus materias primas no se convierta en un peligro para la estabilidad de sus propias industrias, de modo que los recursos naturales regularizados en su explotación y exportación pudieran proporcionar iguales o mayores rendimientos para las empresas y para el Estado, con un volumen ne-

ner de exportación, garantizando así la conservación de esos recursos como toda previsión lo aconseja.

Resulta ilógico saber que de los productos principales de nuestra América de cuyas cotizaciones deberíamos ser los arbitros, sea en Europa donde se les fije su precio; pero para la realización de una cooperación generosa entre todos los Estados del Continente, la primera condición requerida sería la mutua confianza de los Estados entre sí, que no podrá fortalecerse lo bastante mientras no se encomiende a la inteligencia y al corazón la resolución de los problemas que se presentan y que hasta ahora tienen que resolverse con los puños.

France debe solamente a los E.E.U.U.

por concepto de empréstito de guerra.

Siete mil millones de dollars. - Calculándose

un interés muy moderado (4% anual) resulta

que tiene necesidad de pagar $\frac{3}{4}$ de un

millón de dollars diarios sin olivis alguno

pues la deuda seguirá siendo la misma